

## Blasco Ibáñez

Ha pasado por nuestro puerto Blasco Ibáñez.  
¿Y decimos á secas *Blasco Ibáñez*?

Sí; los ilustres no precisan ditiarnos. A nadie se le ocurriría decir: «el distinguido matemático señor Isaac Newton, el afamado orador señor Marco Tulio Cicerón, ó el profundo y deleitoso novelista señor don Miguel Cervantes Saavedra». Sobra, pues, toda adjetivación. El mérito no se da, se tiene por derecho de conquista.

A nadie se trata con más confianza que al genio. Desaparecen ante ellos el *señor*, el *don*, el *excelencia*, el *ilustrísimo*, y decimos á secas, Zola, ó Kant, y aún más irrespetuosamente por el nombre familiar; Miguel Angel, ó Rafael: con esto basta, y en ello está precisamente su gloria.

No hemos dicho que es español porque es mundial.

La patria sólo da por su cima, por sus modalidades propias, un cierto matiz peculiar á la inteligencia, como lo da á la tez ó al color de los cabellos. Blasco Ibañez nos pertenece á todos.

Ha venido ahora de paso, pero ha prometido volver, y permanecer entre nosotros un mes por lo menos, á su vuelta de la gira que proyecta por Argentina y Paraguay.

Así lo ha prometido á las numerosas comisiones que lo saludaron á bordo del trasatlántico.

Promete á los países que visitará interesantes conferencias, que serán estudios sobre asuntos y personajes españoles del pasado: una especie de filosofía de la historia y psicología de caracteres ilustres.

El alma americana, ávida de aumentar siempre su saber, recibirá con beneplácito la ráfaga bienhechora de ideas que su talento ofrece. Conocemos á nuestra fuerte y libre América, esperanza de un porvenir próspero, brillante y fecundo, y ansiamos beber en la pródiga fuente de Europa, como Grecia bebió en el viejo Egipto; como Roma bebió en la vieja Grecia; por eso hemos recibido con avidez, á Italia, á Francia, á España, repre-

sentadas por Ferri y Ferrero, por France, por Blasco Ibáñez.

Aumentamos nuestro capital intelectual con avaricia noble, porque en estas dádivas del saber se cumple la más prodigiosa excepción de las leyes económicas; la sabiduría es un capital tan potente que cuando regala su oro en vez de disminuir, aumenta su bolsa.

Blasco Ibáñez ha pasado, con rumbo hacia el Oeste, rápido, fugaz, dejando una estela. Pero es propio de los astros, describir una órbita; volverá pues, á aparecer para cumplir su ciclo. Esperémosle como los astrónomos para contemplar su luz con más detenimiento.

Séale grata y benéfica esta buena tierra americana.

LA REDACCIÓN.

### Mi corazón

Me has dejado de querer  
y de mí, lejos te has ido,  
tras otro ensueño querido  
quizá para no volver.  
Pero aunque tu honda traición  
me ha herido profundamente  
vivirás eternamente  
dentro de mi corazón.

Puedes ir bajo otros cielos  
en busca de nueva gloria,  
que son en mi loca historia  
tus vasallos, mis anhelos;  
y en tu peregrinación  
por desconocidas playas  
contigo irá donde vayas  
por siempre, mi corazón.

Aunque los nuevos amores  
me han presentado su ofrenda  
volcando en mi rubia senda  
sus canastillas de flores;  
será siempre mi pasión  
viva, despierta y ardiente  
y latirá solamente  
para tí mi corazón.

Con tu inmensa ingratitud  
apuñaaleaste mi vida  
y se inclinó entristecida  
mi radiante juventud;  
pero á pesar de tu acción,  
como una divina fuente,  
lloró su sangre inocente  
para tí, mi corazón.

Me engañaste, mas no importa,  
ya en mi senda no me pierdo  
pues tu divino recuerdo  
me ilumina y me conforta;  
porque cuál dulce visión  
reinarás indestronable,  
en el por siempre inmutable  
país de mi corazón.

Me has dejado de querer  
y de mí lejos te has ido  
tras otro ensueño querido  
quizá para no volver;  
pero aunque tu honda traición  
no me permite que dude  
si acaso vuelves... acude  
y llama en mi corazón.

ALBERTO LASPLACES.

## Una compra

— Como el tiempo quiere. A ocasiones nos maltrata el aguacero y hay que aguantar la lluvia cuasi sin desatar el poncho, y en otras güeltas sale el sol y pára el viento y comemos con cuero, despatarraos en la cuchilla. Hace tres días, allá en el paso é la Nutria, nos tuvieron los enemigos del apretao como dos leguas pá arriba, y en cambio áura acabamos de desparramar unos distraídos, que se habían dormido en el velorio y que de golpe se les levantó el dijunto.

— ¿Y hubo algún lastimao en la disparada?  
— Carculo que nó. Tuitos criaron alas, como

yuyo en primavera. El único que se enredó entre las pajas y no pudo salir del baño jué ese mozo que está áhi á caballo y que no consigue apiarse mientras yo no dé permiso.

— ¡Caray!... lo conozco... Es Aniceto, el hijo de Ña Casilda... ¿y que piensa hacer con él?

— ¡Cómo qué pienso hacer?... llevarlo...

— ¿Para donde?

— ¿Cómo pá ónde?... pá allá, hombre... pá alla...

— ¿Y qué pago es ése, de allá?... ¿en qué departamento queda?

— Güeno, viejo, no sea tan tironeador... parece mujer, quiere saber todo. Lo llevo pá allá, pal ejército, pá entregarlo al general.

— Mire, Urraca, yo ya no soy cachorrito y sé lo que son diabluras. Usted no se vá á incomodar en recorrer tantas leguas, cuidando á un prisionero.

— ¿Y que quiere que haga con él?... ¿cómermelo?... ¡Me hace mal la carne é capincho!

— Pero es que se puede alivianar el viaje, sacando todo lo que estorbe.

— Se li hace. Yo soy gaucho muy baquiano y marchó con el peso que me echen. Tengo maletas grandes.

— Usted es capaz de hacer algún disparate y ese remedio no cura ninguna enfermedá. Con un enemigo más ó con un enemigo menos, la guerra durará lo mismo. Largue ese muchacho y yo lo retaré pá que no güelva al servicio y vaya á cuidar la madre.

— No se puede. Hay que dar cuenta.

— Si usted no dá ni las güenas tardes. Cuando encuentre á su general, ya no se acuerda de la fecha en que cruzó por estos parajes.

— Se le figura. Tuita la milicada lo sabe y no faltará uno que destornude aunque no se haya resfriao.

— Bueno, le voy á proponer otro arreglo: se lo compro. Le doy por el preso un par de botas.

— Nó... no se puede... ¿de que laya serían las botas?

— De ésas que están ahí colgadas.

— Nó, nó... no se puede... se mi hacen poco reforzadas.

— Usted está mal de la vista. Son botas dobles, de primera clase.